



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO RAMON"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL COLLAR

DE LA REINA

CAPÍTULO IX.

LA TENTADORA.

Madama de La Motte se había vuelto á su puesto, aparte como una mujer á quien se ha permitido quedarse y escuchar.

Los señores Bøehmer y Bossange, en traje de ceremonia, se presentaron á la audiencia de la soberana y multiplicaron sus saludos hasta el sillón de María Antonieta.

— Los joyeros no vienen aquí sino para hablar de joyas, dijo ésta. Venís muy intempestivamente, señores.

Tomó la palabra Bøehmer, que era el orador de la sociedad, y replicó :

— Señora, no venimos á ofrecer joyas á V. M., pues temeríamos ser indiscretos.

— ¡Oh! exclamó la reina arrepintiéndose ya de haber mostrado demasiado ánimo; ¡el verjoyas no es comprarlas!

— Sin duda, señora, prosiguió Bøhmer tratando de anudar el hilo de su frase; sino que venimos á llenar un deber, y esto nos ha dado ánimo.

— ¡Un deber! repitió la reina admirada.

— Se trata, señora, de aquel hermoso collar que V. M. no se ha dignado tomar.

— ¡Ah! bien... el collar... ¡Volvemos al mismo collar! exclamó María Antonieta riendo.

Bøhmer permaneció serio.

— Lo cierto es que era hermoso, señor Bøhmer, prosiguió la reina.

— Tan hermoso, señora, dijo Bossange con timidez, que solo V. M. era digna de llevarlo.

— Lo que me consuela, dijo María Antonieta con un ligero suspiro que no se escapó á madama de La Motte, es que costaba... millón y medio, ¿no es verdad, señor Bøhmer?

— Sí, señora.

— Y que en estos amables tiempos que alcanzamos, prosiguió la reina, cuando los corazones de los pueblos se han enfriado como el sol de Dios, no hay soberano que pueda comprar un collar de diamantes por millón y medio de libras.

— ¡Millón y medio de libras! repitió como un eco fiel madama de La Motte.

— De suerte, señores, que lo que yo no he debido comprar, nadie lo comprará... Me responderéis que se compone de excelentes trozos. Verdad es, pero yo no envidiaré á nadie dos ó tres diamantes; podría envidiar sesenta.

La reina se frotó las manos con una especie de satisfac

ción en que tenía alguna parte el deseo de burlarse un poco de Bøhmer y Bossange.

— Precisamente se engaña en eso V. M., dijo Bøhmer, y en eso está también el deber que veníamos á llenar cerca de V. M.: el collar está vendido.

— ¡Vendido! exclamó la reina volviéndose.

— ¡Vendido! repitió madama de La Motte, á quien el movimiento de su protectora inspiró inquietud por su pretendida abnegación.

— ¿Y á quién? preguntó la reina.

— ¡Señora, ese es un secreto de Estado!

— ¡Un secreto de Estado! Bueno; nos podemos reir de él! exclamó alegremente María Antonieta. Lo que no se dice, suele ser lo que no se podría decir, ¿no es verdad, Bøhmer?

— Señora...

— ¡Oh, vaya con los secretos de Estado! Esos son una cosa familiar á nosotros. Tened cuidado, Bøhmer; pues si no me reveláis el vuestro, haré que os lo robe un agente del señor de Crosne.

Y se echó á reir alegremente, manifestando sin velo su opinión sobre el pretendido secreto que impedía á Bøhmer y Bossange revelarles el nombre de los compradores del collar.

— Con V. M., dijo gravemente Bøhmer, no debe uno conducirse como con otros parroquianos. Hemos venido á decir á V. M. que está vendido el collar, porque en efecto lo está, y hemos debido callar el nombre del comprador, porque la compra se ha hecho en secreto, á consecuencia del viaje de un embajador enviado de incógnito.

Al oír la palabra embajador, acometió á la reina un nuevo

acceso de hilaridad, y se volvió hacia madama de La Motte diciéndole :

— Lo más admirable en Bøhmer es que es capaz de creer lo que acaba de decirme. Vamos, Bøhmer, decidme solamente el país de donde viene ese embajador; pero no, eso es demasiado, añadió riendo... La primera letra de su nombre, y me basta.

Y lanzada en la risa, ya no pudo contenerse.

— Es el señor embajador de Portugal, respondió Bøhmer bajando la voz, como para preservar su secreto, á lo menos de los oídos de madama de La Motte.

Al oír esta respuesta tan positiva y clara, la reina cesó súbitamente de reírse, y dijo :

— ¡Un embajador de Portugal! No lo hay aquí, Bøhmer.

— Ha venido uno expresamente, señora.

— ¿Á vuestra casa, incógnito?

— Sí, señora.

— ¿Y quién es?

— El señor de Souza.

La reina no replicó; agitó un momento su cabeza y luego, como mujer que ha tomado una resolución, dijo :

— Pues bien; tanto mejor para S. M. la reina de Portugal; los diamantes son excelentes. No hablemos más de él.

— Señora, al contrario; dignese V. M. permitirme que hable...

— Permitirnos, repuso Bøhmer mirando á su socio.

Bossange saludó.

— ¿Conocéis vos esos diamantes, condesa? exclamó la reina dirigiendo una mirada á Juana.

— No, señora.

— ¡Hermosos diamantes! Es lástima que estos señores no los hayan traído.

— ¡Aquí están! se apresuró á decir Bossange.

Y sacó del fondo de su sombrero que llevaba bajo el brazo, el estuche que encerraba el collar.

— Mirad, mirad, condesa; sois mujer, y esto os divertirá, dijo la reina.

Y se apartó del velador de Sevres en que Bøhmer acababa de poner con arte el collar, de manera que cayendo la luz sobre los diamantes hiciese brillar mayor número de sus facetas.

Juana dió un grito de admiración, pues era realmente un collar que no tenía superior: cualquiera hubiera dicho que era una lengua de fuegos, ora verdes, ora rojos, ora blancos como la misma luz. Bøhmer hacía oscilar el estuche y fluir las maravillas de aquellas llamas líquidas.

— ¡Admirable, admirable! exclamó Juana dominada por el delirio de una admiración entusiasta.

— Millón y medio de libras que cabrían en el hueco de la mano, replicó la reina con la afectación de una calma filosófica como la que Rousseau, de Ginebra, habría desplegado en semejante ocasión.

Pero Juana vió otra cosa más en ese desdén, porque no perdió la esperanza de convencer á la reina, y al cabo de un detenido exámen, dijo:

— El señor joyero tenía razón; no hay en el mundo más que una reina que sea digna de llevar este collar, y es V. M.

— Sin embargo, Mi Majestad no lo llevará, replicó María Antonieta.

— Señora, era un deber nuestro no dejarlo salir de Francia sin venir antes á presentar á los pies de V. M. todo nuestro pesar. Es una alhaja que toda la Europa conoce ahora, y que es muy disputada. Nuestro orgullo nacional no se

resentirá de que tal ó cual soberana se engalane con lo que no quiere la reina de Francia, una vez que vos, señora, hayáis rehusado definitiva é irrevocablemente tomarlo.

— Se ha pronunciado ya mi negativa, ha sido pública, y me ha valido demasiados elogios para que me arrepienta de ella, respondió la reina.

— ¡Señora! dijo Bøhmer, si el pueblo ha hallado sublime que V. M. prefiriese un navío á un collar, la nobleza, que es francesa también, no habría hallado sorprendente que la reina de Francia comprase un collar después de haber comprado un navío.

— No hablemos más de eso, dijo María Antonieta echando la última mirada al collar.

Juana suspiró para excitar un suspiro de la reina.

— ¡Ah, vos suspiráis, condesa! si estuviéseis en mi lugar obraríais como yo.

— No sé... murmuró Juana.

— ¿Habéis mirado bien? se apresuró á decir la reina.

— No me hartaría de mirarlo, señora.

— Dejad, señores, á esta curiosa; dejadla que se admire, pues eso no quita nada á los diamantes, que siempre valdrán, por desgracia, millón y medio de libras.

Estas palabras parecieron á la condesa una ocasión favorable.

La reina sentía su precio, luego había tenido deseo de comprarlo, y si había tenido ese deseo, debía tenerlo aún, puesto que no había sido satisfecho: tal era la lógica de Juana; al menos así es de creer, porque añadió:

— Millón y medio de libras, señora, que á vuestro cuello harían morir de envidia á todas las mujeres, aun cuando fuesen Cleopatras ó Venus.

Y tomando del estuche el regio collar lo abrochó con tanta habilidad y prestidigitación sobre la brillante garganta de María Antonieta que en un abrir y cerrar de ojos se halló ésta inundada de fósforo y de deliciosos colores.

— ¡Oh! ¡V. M. está sublime así! dijo Juana.

María Antonieta se acercó vivamente al espejo, y vió que estaba deslumbrante. Su cuello tan fino y flexible como el de Juana Grey, aquel cuello tan lindo destinado como la flor de Virgilio á ser tronchado por el hierro, se elevaba graciosamente con sus bucles rubios y rizados del seno de aquella onda luminosa.

Juana había osado descubrir los hombros de la reina, de suerte que las últimas sartas del collar caían sobre su nacarado pecho. La reina estaba radiante, la mujer estaba soberbia: amantes ó súbditos, todos se habrían prosternado ante ella.

María Antonieta se olvidó hasta el punto de admirarse en aquel estado. Luego, acometida de temor, quiso arrancar el collar de su cuello diciendo:

— ¡Basta, basta!

— Ha tocado á V. M., y no puede ya convenir á nadie, exclamó Bøhmer.

— ¡Imposible! replicó con firmeza la reina. Señores, he jugado un poco con esos diamantes, pero sería una falta el prolongar este juego.

— V. M. tiene todo el tiempo necesario para acostumbrarse á esa idea; mañana volveremos, dijo despacito Bøhmer.

— El pagar tarde, siempre es pagar. Y además ¿por qué pagar tarde? Vos tenéis prisa: sin duda os pagan más ventajosamente.

— Sí, señora ; nos pagan al contado, respondió Bøhmer recobrando su carácter de negociante.

— ¡ Tomad, tomad ! exclamó la reina. Meted el collar en ese estuche. ¡ Pronto, pronto !

— V. M. olvida quizás que una alhaja como esta es siempre dinero, y que dentro de cien años valdrá siempre lo que vale hoy.

— Dadme millón y medio de libras, condesa, y veremos, replicó con una risa forzada la reina.

— ¡ Si las tuviese ! exclamó Juana. ¡ Oh !..

Y se calló : las frases largas no siempre valen tanto como una oportuna reticencia :

Por más que Bøhmer y Bossange emplearon un largo cuarto de hora en arreglar sus diamantes, la reina no se movió.

Por su seriedad afectada y por su silencio, se conocía bien que la impresión había sido viva y la lucha penosa.

Según su costumbre en los momentos de despecho, alargó la mano á un libro, en el que hojeó algunas páginas sin leer.

Los joyeros se despidieron diciendo :

— ¿ Conque V. M. lo ha rehusado ?

— ¡ Sí, sí ! dijo suspirando la reina, quien esa vez suspiró por todas.

Los joyeros salieron.

Juana advirtió que el pie de María Antonieta se agitaba encima del almohadón de terciopelo en que aun estaba marcada su huella.

— Ella sufre, pensó la condesa inmóvil.

De súbito, levantóse la reina, dió una vuelta por el cuarto, y parándose delante de Juana cuya mirada la fascinaba, dijo con breve voz :

— Condesa, parece que el rey no viene. Tendremos que

dejar para una próxima audiencia nuestra pequeña súplica.

Juana saludó respetuosamente y reculó hasta la puerta.

— Pero yo pensaré en vos, añadió la reina con tono bondadoso.

Juana apoyó sus labios sobre su mano, como si dejase en ella su corazón, y salió dejando á María Antonieta dominada de pesares y vértigos.

Los pesares de la impotencia y los vértigos del deseo, se dijo Juana. ¡ Y ella es reina ! ¡ Oh ! ¡ no, es mujer !

La condesa desapareció.

CAPÍTULO X.

DOS AMBICIOSOS QUE QUIEREN PASAR POR DOS ENAMORADOS.

Juana era también mujer, y sin ser reina.

Resultó, pues, que apenas se halló en su coche, comparó Juana aquel hermoso palacio de Versalles y sus ricos y espléndidos muebles con su cuarto piso de la calle de San Gil; y aquellos lacayos con su vieja criada.

Pero casi en el mismo instante la humilde buhardilla y la vieja criada se perdieron en las tinieblas del pasado como una de esas visiones que, no existiendo nada, no han existido jamás, y Juana vió su casita del arrabal de San Antonio, tan elegante, tan graciosa y tan confortable, como se diría en nuestros días, con aquellos lacayos menos bordados que los de Versalles, pero tan respetuosos y obedientes.

Aquella casita y sus lacayos eran su Versalles; era allí tan reina como María Antonieta, y una vez formados sus deseos, con tal que los limitase, no á lo necesario, sino á lo razonable, eran tan bien y tan pronto ejecutados como si empuñase el cetro.

De consiguiente, Juana entró en su casa con la frente dilatada y la sonrisa en los labios. Era aun temprano, tomó papel, pluma y tinta, escribió algunas líneas, las metió en un sobre fino y perfumado, trazó el sobrescrito y agitó la campanilla.

Apenas había cesado la última vibración de ésta, se abrió la puerta y se presentó un lacayo en el umbral.

— Tenía razón, murmuró Juana: no está mejor servida la reina.

Luego, alargando la mano, añadió en voz alta:

— Esta carta á monseñor el cardenal de Rohán.

Adelantóse el lacayo, tomó el billete y salió sin despegar los labios, con esa obediencia muda de los lacayos de las casas distinguidas.

La condesa cayó en una profunda meditación, meditación que no era nueva, sino que venía á ser una continuación de la otra del camino.

No habían transcurrido cinco minutos cuando sintió que llamaban á la puerta.

— Adelante, dijo madama de La Motte.

Se presentó de nuevo el mismo lacayo, y viendo madama de La Motte que aun no se había ejecutado su orden, le preguntó con un ligero movimiento de impaciencia:

— ¿Qué es eso?

— En el momento de salir para cumplir las órdenes de la señora condesa, dijo el lacayo, llamaba á la puerta monseñor, quien ha tomado la carta, la ha leído, se ha apeado de su coche y ha entrado diciéndome:

— Está bien; anúnciame.

— ¿Y luego?

— Monseñor está ahí, aguardando que la señora se digne permitirle entrar.

Asomó á los labios de la condesa una ligera sonrisa, y al cabo de dos segundos, dijo con un acento de evidente satisfacción :

— Decidle que pase adelante.

Esos dos segundos ¿ tenían por objeto el hacer aguardar en su antesala á un príncipe de la Iglesia, ó eran necesarios á madama de La Motte para terminar su plan ?

Apareció el príncipe en el umbral de la puerta.

Al volver á su casa, al enviar á llamar al cardenal, y al experimentar una alegría tan grande cuando supo que estaba allí, ¿ tenía Juana algún plan ?

Sí, porque la fantasía de la reina, semejante á uno de esos fuegos fatuos que iluminan todo un valle de sombrío aspecto, aquella fantasía de reina acababa de abrir á las miradas de la intrigante condesa todos los secretos pliegues de un alma demasiado orgullosa para tomar grandes precauciones para ocultarlos.

Desde Versalles á París hay largo trecho, y cuando uno lo ha recorrido en compañía del demonio de la codicia, tiene este bastante tiempo para soplarle al oído los cálculos más atrevidos.

Juana se sentía embriagada de aquel guarismo de un millón y medio de libras, representado en diamantes sobre el blanco raso del estuche de Bœhmer y de Bossangé.

Millón y medio ¿ no era, en efecto, una fortuna de príncipe, especialmente para la pobre pordiosera que, no hacía aun un mes, alargaba la mano á la limosna de los grandes ?

Ciertamente, la Juana de Valois de la calle de San Gil distaba más de la Juana de Valois del arrabal de San Antonio, que la Juana de Valois del arrabal de San Antonio de la Juana de Valois dueña del collar.

De consiguiente había andado ya más de la mitad del camino que conducía á la fortuna.

Y esa fortuna que Juana codiciaba no era una ilusión, como lo es la palabra de un contrato, como lo es una posesión territorial, ambas cosas sin duda primeras, pero á las que es preciso unir la inteligencia del alma ó de los ojos.

No, aquel collar era una cosa muy diferente de un contrato ó una tierra ; era la fortuna visible ; de consiguiente no se apartaba de sus ojos, le tenía siempre delante de sí brillante y fascinador ; y puesto que la reina lo deseaba, Juana de Valois podía muy bien pensar en él ; puesto que la reina sabía privarse de él, madama de La Motte podía muy bien limitar á él su ambición.

Así, durante el camino desde Versalles á París, mil ideas vagas, esas extrañas fantasmas de colores nebulosos que el poeta Aristófanes decía asimilarse á los hombres en sus momentos de pasión ; mil deseos, mil rabias de poseer, tomaron para Juana la forma de lobos, de zorros y de serpientes aladas.

El cardenal que debía realizar esos sueños, los interrumpió respondiendo con su inesperada presencia al deseo que madama de La Motte tenía de verlo.

También él tenía sus sueños ; también tenía su ambición que sabía ocultar bajo una máscara de solicitud, bajo un semblante de amor.

— ¡ Ah, sois vos, querida Juana ! exclamó el cardenal. Verdaderamente me sois ya tan necesaria, que he pasado todo el día aburrido al pensar que estabais lejos de mí. Á lo menos, ¿ llegáis buena de Versalles ?

— Como estáis viendo, monseñor.

— ¿ Y contenta ?

— Encantada.

— Conque ¿ os ha recibido la reina ?

— Tan pronto como llegué, fui introducida á su presencia.

— Tenéis suerte. Apuesto, al ver vuestro aire de triunfo, á que os ha hablado la reina.

— He pasado como unas tres horas en el gabinete de S. M.

El cardenal se estremeció, y faltó poco para que repitiese con una exclamación:

— ¡ Tres horas !

Pero se contuvo y dijo :

— Sois en realidad una encantadora, y no hay quien os pueda resistir.

— ¡ Oh, oh ! vos exageráis, príncipe mío.

— Á fe mía que no ; ¿ y decís que habéis permanecido tres horas con la reina ?

Juana hizo un signo afirmativo con la cabeza.

— ¡ Tres horas ! repitió el cardenal sonriendo. En tres horas ¡ cuántas cosas puede decir una mujer de talento como vos !

— ¡ Oh ! os respondo, monseñor, de que no he perdido el tiempo.

— Apuesto que en esas tres horas no habéis pensado un minuto en mí, se aventuró á decir el cardenal.

— ¡ Ingrato !

— ¡ En verdad ! exclamó el cardenal.

— He hecho más que pensar en vos.

— ¿ Qué habéis hecho ?

— He hablado de vos.

— ¡ Hablado de mí ! ¿ Y á quién ? preguntó el prelado, principiando á latir su corazón fuertemente, y con una voz cuya emoción no podía disimular.

— ¿ Á quién había de hablar sino á la reina ?

Y al decir esas palabras tan preciosas para el cardenal, Juana tuvo el aire de no mirar al príncipe de cara, como si se cuidase poco del efecto que debían producir.

El corazón del cardenal palpitaba cada vez con más fuerza.

— ¡ Ah ! dijo, vamos, querida condesa, contadme eso. Verdaderamente me intereso tanto en cuanto os ocurre, que no quiero me omitáis el más pequeño detalle...

Juana se sonrió, pues sabía lo que interesaba al cardenal tan bien como él mismo.

Pero como estaba resuelta de antemano en su mente esa relación meticulosa ; como la hubiera hecho espontáneamente aun cuando el cardenal no la hubiese rogado, dió principio á ella lentamente, haciendo que le arrancasen las sílabas ; contando toda la entrevista, toda la conversación, presentando á cada palabra la prueba de que, por una de esas felices casualidades que hacen la fortuna de los cortesanos, había llegado ella á Versalles en una de esas ocasiones singulares que hacen en un día de una mujer extraña una amiga casi indispensable. En efecto, en un día, Juana había sido iniciada en todas las desgracias de la reina, en toda la impotencia de la soberanía.

De esta relación, el cardenal parecía no retener más que lo que la reina había dicho por Juana, y ésta parecía no hacer alto más que en lo que la reina había dicho por el cardenal.

Apenas acababa de terminarse la relación, cuando entró el mismo lacayo anunciando que estaba servida la cena.

Juana invitó al cardenal con una mirada, y el cardenal aceptó con un signo.

Dió el brazo á la dueña de la casa, que tan pronto se había habituado á hacer los honores, y pasaron al comedor.

Terminada la cena, cuando el prelado hubo bebido á largos tragos la esperanza y el amor en las relaciones veinte veces repetidas y otras tantas interrumpidas de la encantadora, forzoso le fué ya contar con aquella mujer que tenía en su mano los corazones de las potencias. Porque observaba con una sorpresa que rayaba en espanto, que Juana, en lugar de darse importancia como toda mujer á quien se busca y de la que hay necesidad, se anticipaba á los deseos de su interlocutor con una amabilidad muy diferente de la fiera leonina de la última cena tomada en el mismo sitio y en la misma casa.

Esa vez Juana hacía los honores de su casa como una mujer no sólo dueña de sí misma, sino también de los otros, sin que en su mirada se notase ningún embarazo, ni en su voz la menor reserva. Para tomar estas lecciones de aristocracia, ¿no había estado todo el día con la flor de la nobleza francesa? ¿no la había llamado una reina sin rival: mi querida condesa?

Así el cardenal, sometido á esa superioridad, como hombre superior que era él mismo, no trató de resistirla.

— Condesa, dijo cogiéndole la mano, en vos hay dos mujeres.

— ¿Cómo es eso? preguntó la condesa.

— Hay la mujer de ayer y la de hoy.

— ¿Y cuál prefiere Vuestra Eminencia?

— No sé. Sólo que la de esta noche es una Armida, una Circe, alguna cosa irresistible.

— Y á la que espero, monseñor, que no trataréis de resistir, á pesar de ser príncipe.

El príncipe se deslizó de su silla y cayó de rodillas á los pies de madama de La Motte.

— ¿Me pedís limosna? dijo ésta.

— Y aguardo que me la deis.

Hoy es día de larguezas, respondió Juana; la condesa de Valois ha tomado rango, es una mujer de la corte, y antes de poco se contará en el número de las más altivas de Versalles. De consiguiente puede abrir su mano y tenderla á quien se le antoje.

— ¿Aun cuando sea á un príncipe? preguntó el cardenal.

— Aun cuando sea á un cardenal, respondió Juana.

El cardenal estampó un largo y ardiente beso en aquella linda mano; luego, habiendo consultado con los ojos la mirada y la sonrisa de la condesa, se levantó, y pasando á la antesala dijo dos palabras á su volante.

Al cabo de dos minutos se oyó el ruido del coche que se alejaba.

La condesa levantó la cabeza.

— Condesa, dijo el cardenal, he quemado mis naves.

— Y no hay gran mérito en eso, respondió la condesa, puesto que estáis en el puerto.